



Signos Históricos

ISSN: 1665-4420

shis@xanum.uam.mx

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Iztapalapa

México

Ortega Soto, Martha

Colonización de alta California: primeros Asentamientos Españoles

Signos Históricos, vol. 1, núm. 1, junio, 1999, pp. 85-103

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34400105>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

COLONIZACIÓN DE ALTA CALIFORNIA: PRIMEROS ASENTAMIENTOS ESPAÑOLES

Martha Ortega Soto

Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

En este breve estudio haremos una exposición de por qué, cuándo y cómo fueron fundados los primeros establecimientos españoles en la Alta California. Este territorio era conocido por las autoridades imperiales españolas desde el siglo XVI; pero fue hasta el siglo XVIII, cuando por orden de la corona por fin fue ocupado por los españoles. Así, la primera cuestión que nos interesa analizar es por qué tuvo la corona interés en colonizar este territorio en el siglo XVIII y cuáles fueron las condiciones que facilitaron que la orden real fuera ejecutada. Ahora bien, para colonizar Alta California fue necesario apoyarse en las instituciones que tradicionalmente habían sido utilizadas para la colonización del imperio español. En este artículo analizaremos también las características que dichas instituciones, específicamente la misión y el presidio, deberían tener de acuerdo con el proyecto colonizador elaborado en la segunda mitad del siglo XVIII. También abordaremos el apoyo que prestaron las regiones aledañas de Sonora, Sinaloa y Baja California para la ejecución de esta empresa colonizadora. La exposición incluirá el relato de los incidentes que ocurrieron a las expediciones colonizadoras. Daremos cuenta de los problemas que tuvieron los expedicionarios y los primeros colonizadores hasta el momento en que consiguieron fundar la misión de San Carlos Borromeo y el presidio de Monterrey en la bahía del mismo nombre. Estas dos fundaciones significaron para los misioneros y los capitanes el éxito de la empresa colonizadora a pesar de que era muchísimo aún el trabajo que quedaba por hacer. La existencia de las misiones de San Diego y San Carlos así como la del presidio de Monterrey fueron el punto de partida para la ulterior ocupación de la franja costera que constituyó el territorio colonizado por los españoles en la Alta California.

Primeras exploraciones

Los españoles conocían la Alta California desde el siglo xvi. Este territorio debe su nombre a que cuando Hernán Cortés promovió la exploración de las costas del Pacífico, los miembros de la segunda expedición efectuada en 1533 al llegar por casualidad a la bahía de La Paz creyeron arribar a las tierras gobernadas por la reina Calafia.¹ Desde entonces la península descubierta recibió el nombre de California y por extensión los territorios localizados al norte de ella. En 1539, Francisco de Ulloa llegó al extremo sur de Alta California pues descubrió el delta del río Colorado; al año siguiente, Hernando de Alarcón navegó por el río Colorado hasta su confluencia con el Gila. Al poco tiempo se iniciaron las expediciones marítimas que tenían por objeto explorar el litoral californiano. Juan Rodríguez Cabrillo exploró, entre 1542 y 1543, la costa noroccidental del continente americano hasta el paralelo 44°. ² Rodríguez Cabrillo navegó por lo que hoy conocemos como la bahía de San Diego y el Canal de Santa Bárbara.

Cuando se abrió el comercio entre las islas Filipinas y la Nueva España (1565), se pensó en la posibilidad de habilitar un puerto en la Alta California que sirviera como puesto para el reabastecimiento y la protección del Galeón de Manila. Mientras el gobierno español preparaba las expediciones que saldrían en busca del puerto requerido; Francis Drake, navegante inglés, zarpaba de Huatulco (Oaxaca) rumbo al norte (1579), visitó la costa de Alta California hasta el cabo Mendocino y tomó posesión de *New Albion*, como llamó al territorio, a favor de la corona británica.³ El gobierno español, a su vez, quiso proteger lo que consideraba su territorio, y envió sucesivamente a Francisco de Gali (1584), Pedro de Unamano (1587) y Sebastián Rodríguez de Cermeño (1595) para explorar la costa. Cabe señalar que estas tres expediciones tuvieron poco éxito en demarcar la costa porque se realizaron a bordo del galeón de Manila cuando éste regresaba de la Filipinas.⁴

En 1599, el rey Felipe III envió una cédula al virrey Gaspar de Zúñiga y Acevedo Conde de Monterrey en la que ordenaba la exploración minuciosa de la costa de Alta

¹ La obra de Garcí Ordóñez de Montalvo, *Las sergas de Esplandián*, daban noticia de este mítico reino, *vid.* Mathes, *Sebastián*, 1973, pp. 13-14.

² Bancroft, *History*, 1884.

³ Bean, *California*, 1967, p. 17.

⁴ Mathes, *Sebastián*, 1973, pp. 20-26 y 49-54.

California. El conde eligió a Sebastián Vizcaíno como jefe de la expedición que exploraría la región. Vizcaíno zarpó de Acapulco el 5 de mayo de 1601. Durante el viaje se dio su nombre actual a la bahía de San Diego y fue descubierto el puerto de Monterrey, así llamado en honor del virrey. Cuando Vizcaíno regresó, desembarcó en Acapulco el 21 de marzo de 1602, el informe que presentó sobre el puerto descubierto fue tan atractivo que el virrey estuvo dispuesto a colonizarlo. La expedición colonizadora no se realizó porque el nuevo virrey Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros, suspendió el proyecto.⁵ En ese momento todo interés por la ocupación de la Alta California quedó adormecido ante la posibilidad de establecer relaciones comerciales permanentes entre Filipinas y Japón. Fue hasta la segunda mitad del siglo XVIII en que el interés por Alta California volvió a despertar.

La colonización de Alta California en el siglo XVIII

Durante el siglo XVIII, los monarcas Borbones llevaron a cabo una reforma administrativa en las colonias españolas. Para establecerla en Nueva España llegó el visitador general don José de Gálvez, en el año de 1765, quien apoyado por el virrey marqués de Croix implantó las reformas que consideró pertinentes. “...Dos preocupaciones movieron a este funcionario a introducir cambios en la administración del virreinato: una, preparar a la Nueva España para que pudiera quedar en estado de defensa contra agresiones extranjeras (política contraria a la que habían acordado los reyes en la casa de Austria), y otra, moralizar el recaudo de las rentas del rey y a la vez fomentar la explotación de las riquezas novohispanas para poder afrontar los gastos imperiales...”⁶

Entre los proyectos que Gálvez tenía para la Nueva España estaba el de crear una Comandancia General para las Provincias Internas que daría autonomía a la región del norte para promover su desarrollo económico. Gálvez pensaba que si reorganizaba la producción y la administración de esta región podía llegar a ser una de las más ricas en todas las colonias americanas.⁷ A Gálvez le interesaba en particular conso-

⁵ Mathes, *Sebastián*, 1973, p. 55; Bean, *California*, 1967, p. 29; Richman, *California*, 1965, p. 23.

⁶ Velázquez, *Establecimiento*, 1974, p. 167-168.

⁷ Navarro, *Don José*, 1964, p. 157.

lidar las provincias del noroeste del virreinato de Nueva España amenazadas por la injerencia de extranjeros en el Pacífico. Por tanto, consideraba que para proteger esta región y consolidar la colonización del noroeste era menester ocupar Alta California.⁸

El 1 de enero de 1768, Gálvez envió al rey su “Plan para la erección del gobierno y Comandancia General que comprende la península de California y las provincias de Sonora, Sinaloa y Nueva Vizcaya” en el que incluía las razones por las que era necesaria la ocupación de Alta California. Tres eran las principales: “(1) los intentos por dos siglos de Francia e Inglaterra para descubrir el Estrecho de Anián; (2) la reciente conquista de Canadá por Inglaterra —una nación que no repara en gasto, diligencia ni fatiga en adelantar sus descubrimientos—, y (3) los esfuerzos de Rusia, promoviendo expediciones desde Kamtchatka a las islas Aleutianas para penetrar ‘nuestras Indias’ por el camino del mar tártaro.”⁹

Como puede observarse, una de las preocupaciones del gobierno español respecto de su imperio en América era el asecho de otras potencias europeas para apoderarse de territorio en el continente o bien de las riquezas que se extraían del él. El gobierno español ya tenía noticias de los progresos que ingleses, franceses y rusos hacían en el norte de América fundando nuevas colonias. En el siglo XVIII la actividad de los corsarios ingleses, principalmente, y franceses en el Pacífico llevaron a las autoridades metropolitanas españolas a la conclusión de que la única manera de defender el comercio entre Filipinas y la Nueva España era ocupando el puerto de Monterrey para que se ofreciera una protección eficaz al galeón. Al problema de los asaltos al galeón de Manila se sumaba la certidumbre de que los ingleses se afanaban en encontrar el Estrecho de Anián, paso que se suponía comunicaba al Atlántico con el Pacífico por el norte de América. De existir tal comunicación el comercio entre Asia y Europa se agilizaría.¹⁰

Por otra parte, en 1761, el marqués de Almodávar, embajador del rey de España ante el zar, empezó a enviar informes en los que daba cuenta de las actividades de los rusos en el norte del Pacífico. El marqués de Almodávar señaló en ellos que la pre-

⁸ Teja, *Lecciones*, 1962, pp. 24-27.

⁹ Richman, *California*, 1965, pp. 64, 65.

¹⁰ Para una exposición más amplia sobre este asunto *vid.* Ortega, “Crisis”, 1992, pp. 41-50; Abbad, *Descripción*, 1981, p. 26.

sencia rusa en aquella región no ponía en peligro al imperio español. La apreciación del embajador era sensata ya que en aquel momento Rusia no contaba con ningún establecimiento permanente y los cazadores aún no habían incursionado en las tierras del noroeste de América. Sin embargo, la corona española consideró que los rusos estaban invadiendo un territorio al que sólo ella tenía derecho gracias a las expediciones realizadas en siglos anteriores. Tales apreciaciones eran consecuencia del desconocimiento que para esa fecha tenían los europeos de la costa del noroeste americano. Por eso rusos y españoles suponían que estaban muy cerca los unos de los otros. En 1764, los informes del Conde de la Herrería, sustituto de Almodávar, hicieron temer al gobierno español por la frontera norte del virreinato de la Nueva España. El conde de la Herrería informaba de una expedición autorizada por Catalina II para verificar los descubrimientos hechos hasta entonces por los cazadores y comerciantes rusos. En el año de 1768, el marqués de Grimaldi, encargado de los asuntos españoles en Londres, envió, a su vez, un despacho al rey en donde hacía un recuento de los avances rusos en la costa noroeste de América que, según sus informes amenazaban la frontera novohispana. En respuesta, la corona emitió la Real Orden del 23 de enero de 1768 para la ocupación inmediata de la Alta California. Esta Real Orden coincidía con el Plan que Gálvez había propuesto días antes y que mencionamos líneas arriba. Así que el visitador general de la Nueva España, apoyado por el virrey Francisco de Croix, se dedicó en seguida a la tarea de organizar la colonización de Alta California.

Antes de llegar al puerto de San Blas recibió el Señor visitador general pliegos de México en que el señor virrey le incluía la orden que acababa de recibir de la corte en la que encargaba S.M. el cuidado y vigilancia en cuidar de las costas de la California por los rusos que acababan de hacer una tentativa para atajar el intento que podía moverlos a ello, convenía el que se procurase poblar el famoso puerto de Monterrey o al menos por de pronto el de San Diego...¹¹

¹¹ La expedición a la que se referían era la que efectuaron Petr Kumich Krenitizin y Mijail Leveshev entre 1766 y 1769. Para un resumen del contenido de los informes *vid.* Vila, *Los rusos*, 1966, la cita textual en Palou, *Noticias*, 1857, T.I, p. 249.

El proyecto colonizador y las instituciones de frontera

En su expansión hacia el norte de Nueva España, los españoles habían utilizado un patrón colonizador que les permitía atraer, “civilizar” y controlar a las tribus nómadas que encontraban a su paso, de tal suerte que ambos grupos, el español y el indígena, podían convivir en el mismo espacio. La misión y el presidio fueron los elementos principales de ese patrón. Desde el siglo XVI, la hostilidad, no sólo de los indios sino del ambiente mismo del septentrión novohispano, fueron conformando y definiendo las características y las funciones que la misión y el presidio debían desempeñar como puntales de la colonización.

Estas misiones se instalaron en lugares que no habían sido conquistados por los españoles, alejados del centro político y económico del virreinato, donde los grupos indígenas eran nómadas y seminómadas y era necesario obligarlos a congregarse. Así, la labor del misionero consistía en cristianizar al indio y “civilizarlo” según los cánones españoles. “...las misiones no estaban diseñadas sólo para ser seminarios cristianos; eran también, adicionalmente, avanzadas de dominación y escuelas de adiestramiento para la civilización de la frontera.”¹² El real erario financiaba las misiones hasta que podían sostenerse, o sea, cuando los indios dirigidos por los misioneros producían bienes agrícolas y pecuarios en cantidad suficiente. La misión tenía carácter temporal, la corona esperaba que en no más de diez años la labor del misionero estuviese concluida, esto es, que el nativo supiera trabajar y estuviera en posibilidad de integrarse al sistema productivo colonial. Entonces las misiones serían secularizadas y los neófitos deberían pagar diezmos y tributos. Por lo común, sin embargo, el plazo de diez años no fue suficiente para alcanzar los objetivos de la misión.¹³

El misionero era el jefe y el administrador en la misión, en realidad gobernaba a estas comunidades indígenas. Sin embargo, políticamente los indios estaban organizados como un pueblo, con sus jefes políticos y militares que ellos mismos elegían.¹⁴ El misionero se apoyaba en un cierto número de soldados que ayudaban al religioso

¹² Bolton, “La misión”, 1976, p. 38.

¹³ Cook y Borah, *Ensayos*, 1980, p. 166.

¹⁴ Bolton, “La misión”, 1976, p. 52.

en su trabajo civilizador; aseguraban la sumisión del aborigen y, en ocasiones, lo perseguían para regresarlo a la misión si se había fugado.¹⁵

De una manera sencilla y general se puede decir que una vez que los misioneros conseguían aglutinar a los nativos, tendían a aislarlos del resto de la sociedad colonial pretendiendo que los nuevos cristianos no participaran de sus vicios.¹⁶ Por ello tenían problemas tanto con el clero secular como con los colonos que inevitablemente, para los misioneros, aparecían una vez realizada la pacificación y demandaban mano de obra que trabajara en sus empresas ya fuera en la agricultura, la ganadería o, de ser posible, la minería. Sin embargo, en el siglo XVIII los españoles intentaron por vez primera romper esta práctica y en la colonización del Nuevo Santander se fundaron misiones cercanas a los pueblos a fin de propiciar el contacto entre neófitos y colonos.¹⁷ Esta experiencia sirvió como guía en la fundación de las misiones de Alta California.

En el noroeste de Nueva España, la labor misionera estuvo a cargo de los religiosos jesuitas tras intentos fallidos por parte de los franciscanos. En 1596, fundaron las primeras misiones en la provincia de Sinaloa y en poco más de un siglo (1700) su avance había llegado casi a Tucson. Apoyados en las misiones del continente, en 1697, los jesuitas emprendieron la colonización de Baja California.¹⁸ Los planes para extenderse sobre la Alta California quedaron detenidos cuando sobrevino la expulsión.

En todas estas provincias, los jesuitas fomentaron el cultivo del maíz, del trigo y el algodón, entre otros. Asimismo, enseñaron a los indios a criar todo tipo de ganado. Los neófitos que eran los encargados de realizar todas las labores agropecuarias, recibían diariamente dos raciones de maíz y carne y una vez al año telas y ropa. “En muchas de las misiones de Sinaloa y Sonora, además de los campos cultivados y los grandes rebaños, había pequeños obrajes donde se fabricaba jabón, zapatos, telas, ropas, etc., productos que incrementaron el poder económico de las misiones.”¹⁹ Los colonos españoles que seguían a los jesuitas en su avance se quejaban de que además de que acaparaban las mejores tierras, los misioneros impedían todo contacto entre

¹⁵ Bolton, “La misión”, 1976, p. 46.

¹⁶ Konetzke, *América*, 1979, p. 250.

¹⁷ Guest, “Mission”, pp. 97-116 y 101.

¹⁸ Florescano, “Colonización”, 1973, pp. 51-53.

¹⁹ Florescano, “Colonización”, 1973, p. 65.

ellos y los neófitos, evitando que comerciaran entre sí y más aún que los indios trabajaran para ellos.²⁰

El punto de apoyo para la colonización posterior de la Alta California fueron las antiguas misiones jesuitas del noroeste, no solamente por la ayuda económica que prestaron sino también porque los franciscanos intentaron imponer ese modelo en la nueva provincia. Sin embargo, como la ocupación fue planeada para crear núcleos de población que sirvieran de contención para el avance extranjero, las misiones adquirieron matices propios. Era necesario “civilizar” lo más pronto posible para tener una población que respondiera por la integridad del virreinato. Tampoco hay que olvidar que la experiencia jesuita indujo a las autoridades civiles y militares a redefinir sus relaciones con las misiones y los misioneros. De ahí que se adoptara la política “integracionista”, es decir, de convivencia entre los colonos y los nativos para que estos últimos, gracias al ejemplo de los primeros, adquirieran más rápidamente los patrones culturales de los colonizadores.²¹ Asimismo, las misiones californianas fueron vigiladas permanentemente por el poder secular y constantemente estuvieron amenazadas con la secularización. Tal vez esto explique que no se les diera su justo valor como centros de producción que podían beneficiar cuando menos a la provincia en su conjunto.

Al lado de la misión, el presidio fue el baluarte militar en el cual se fincó la expansión al norte. El presidio era un puesto militar que se establecía estratégicamente en territorio recién ocupado para proteger a las misiones y a otros reductos de población, si los había, de los ataques indígenas. Sin embargo, su contribución al poblamiento del norte no se limitó a sus funciones de defensa, en muchos casos también fueron origen de poblados permanentes en la región.²² Fueron base de algunos pueblos porque en el presidio propiamente dicho no sólo vivían los soldados, sino también sus familias, y a su alrededor congregáronse aun los mismos nativos, que buscaban protección. “... al establecer el sistema de presidios, los soldados que componían la guarnición tuvieron que dedicarse a la agricultura —o enseñarle a los indígenas de las cercanías los rudimentos de ella— para poder subsistir en lugares tan remotos y continuamente hostilizados...”²³ De esta manera, empezaron a formarse poblaciones permanentes.

²⁰ Florescano, “Colonización”, 1973, pp. 64-65 y 70.

²¹ Guest, “Mission”, p. 101.

²² Moorhead, *The presidio*, 1975, p. 3.

²³ Florescano, “Colonización”, 1973, pp. 58-59.

Los presidiales eran soldados que no pertenecían al ejército regular y carecían de una sólida formación militar. Sin embargo, eran hombres diestros en la guerra contra los indios. Cumplían no sólo el trabajo militar, sino también servían como correos, agricultores, ganaderos y, en fin, cualquier cosa que se ofreciera. Los presidiales estaban bajo la autoridad del capitán de la compañía, quien por lo general los hacía trabajar en su beneficio y, por otro lado, mantenía el monopolio del intercambio en perjuicio de los soldados.²⁴

El presidio funcionaba no sólo como puesto de defensa contra los ataques indígenas, sino que también debía proteger la frontera contra la penetración extranjera. Pero, esta característica era propia de los presidios situados en las costas o en territorios que tenían frontera con establecimientos de otras naciones, como por ejemplo en Texas.

Los presidios de la Alta California compartían ciertos rasgos con los del resto de las Provincias Internas. Sin embargo, para explicar sus características y funcionamiento es necesario tomar en consideración que se organizaron de acuerdo con las pautas que el marqués de Rubí marcó en el Reglamento de 1772. Dicho reglamento establecía que se formara un cordón de presidios que protegiera a las Provincias Internas contra posibles incursiones extranjeras. Además elevaba estas tropas a la categoría de Armada Regular sujetas a su reglamento, creaba el puesto de oficial habilitado encargado de abastecer a los presidios, homogeneizaba el número de soldados y el armamento de cada compañía, y nombraba un inspector general responsable del buen funcionamiento del sistema defensivo.²⁵

Considerando los factores señalados, es menester estudiar el desarrollo económico de Alta California tomando en cuenta que la base de la colonización fueron las misiones y los presidios con ciertas innovaciones que la política de las reformas borbónicas les impuso, mismas que modificaron el objetivo general y la organización económica de estas instituciones, respecto de los modelos anteriores implantados en el noroeste. Cabe destacar que en la Alta California simultáneamente al uso del sistema misión-presidio, la corona promovió activamente la llegada de colonos, con el objeto de impedir que las misiones obtuvieran el preponderante papel económico que tuvieron en el sistema jesuita y de acelerar la “civilización” de los aboríge-

²⁴ Moorhead, *The presidio*, 1975, p. 4.

²⁵ Moorhead, *The presidio*, 1975 pp. 59-60.

nes mediante el ejemplo, como explicamos líneas arriba. Por lo tanto, para tener una idea clara del desarrollo histórico en Alta California no hay más alternativa que incluir un tercer elemento: los pueblos.

La formación de los pueblos no era un fenómeno ajeno a la expansión en el norte. De hecho, desde finales del siglo *xvi* se dictaron disposiciones que estimulaban el asentamiento de colonos, como la donación de tierras, y señalaban la organización administrativa que deberían tener estos centros de población. Los grupos de colonos que hasta entonces habían llegado al norte, con excepción de los que se asentaron en el Nuevo Santander, lo habían hecho por iniciativa propia.²⁶ En la Alta California, por el contrario, fue el gobierno virreinal el que reclutó y financió totalmente las expediciones colonizadoras; suyos fueron pues los proyectos e intentos realizados para promover el traslado de colonos. He ahí un rasgo particular de la ocupación de Alta California.

En marzo del año 1768, como consecuencia de la expulsión de los jesuitas, un grupo de misioneros franciscanos del Colegio de San Fernando de Propaganda Fide de la ciudad de México entró en la Baja California para sustituir a los antiguos misioneros. El plan de José de Gálvez para desarrollar del noroeste, incluía, como mencionamos, la expansión hacia la Alta California. Ésta estaba planeada como una prolongación hacia el norte de los establecimientos bajacalifornianos y por eso resultaba conveniente que el mismo cuerpo de misioneros participara en la ocupación. Entre los franciscanos que más tesón y acierto habían mostrado en su trabajo misionero se encontraba fray Junípero Serra, cuya labor en la Sierra Gorda no dejaba la menor duda respecto de su capacidad. Él fue el elegido por Gálvez para encabezar la colonización de Alta California y para el efecto lo nombró padre presidente de las futuras misiones.

El 6 de mayo de 1768 se reunieron el visitador general, fray Junípero y varios oficiales y pilotos para puntualizar el plan colonizador que pondrían en práctica en Alta California. Acordaron, y el virrey marqués de Croix, apoyó la idea, que organizarían cuatro expediciones colonizadoras (dos por tierra y dos por mar) que se encontrarían en San Diego.²⁷ Pensaban que así las probabilidades de éxito serían mayores

²⁶ Para un estudio minucioso sobre la política borbónica respecto a la colonización mediante pueblos y los resultados obtenidos en el primer ensayo llevado a cabo en Nuevo Santander *vid.* Osante, *Orígenes*, 1997.

²⁷ Brandes, *The Costansó*, 1970, p. 9.

pues si un grupo fracasaba tres continuarían con la empresa. Cuando las expediciones estuviesen reunidas en San Diego fundarían una misión en el lugar y partiría otra expedición terrestre para buscar el puerto de Monterrey en donde fundarían un presidio y la misión de San Carlos. Planeaban establecer una tercera misión, la de San Buenaventura, para la que buscarían un lugar propicio una vez que exploraran la región.

El financiamiento de las expediciones corrió por cuenta del Real Erario que se sirvió del Fondo Piadoso de las Californias, el cual había pasado a sus manos a raíz de la expulsión de los jesuitas.²⁸ Hombres, ganado, semillas y hasta útiles de trabajo y ornamentos eclesiásticos aportó la región del noroeste para las nuevas misiones. Los establecimientos de Baja California, ya de suyo no muy ricos, fueron prácticamente saqueados. “Asimismo arbitró su ilustrísima (Gálvez) para la expedición de tierra que supuesto que no había para enviar a las provincias de enfrente (Sonora y Sinaloa) a traer mulas y caballerías se surtiese de las misiones de Baja California, sacando de ellas lo que se pudiese sin que les siguiese atraso, que después se les reemplazaría enviando a traerlas a Sonora: también se dispuso se sacase pie de ganado para que surtiese en las nuevas misiones...”²⁹ Los organizadores se preocuparon por enviar en las expediciones todos aquellos artículos que les pudieran ser necesarios a los colonizadores.³⁰ Todos los efectos que se embarcaron los reunieron en el puerto de La Paz.

La fundación de San Diego y San Carlos

Don José de Galvéz, que estaba en Baja California, se encargó personalmente de revisar el cargamento de los barcos que subirían a la Alta California. La nave capitana de las expediciones marítimas era el paquebote San Carlos que dirigía el capitán Vicente Vila. Iba cargado con toda clase de alimentos, ganado y hasta mil pesos en moneda. Contaba con una tripulación de veintitrés marineros, dos niños, el cosmógrafo Miguel Costansó, el médico Pedro Prat y el teniente Pedro Fages y su compa-

²⁸ Bolton, “La misión”, 1976, p. 40.

²⁹ Palou, *Noticias*, 1857, v. I, p. 40

³⁰ Palou, *Relación*, 1970, p. 49.

ña de veinticinco Voluntarios de Cataluña, cuatro cocineros, dos herreros y el misionero Fernando Parrón. Zarpó del puerto de La Paz el 9 de enero de 1769.³¹

La segunda expedición marítima salió de La Paz el 15 de febrero del mismo año. El paquebote utilizado fue el San Antonio, alias El Príncipe, que comandaba el capitán Juan Pérez. Su segundo a bordo era Miguel Pino y tenía una tripulación de veintiocho hombres y dos misioneros.³²

Las expediciones terrestres también salieron de Baja California. El capitán de la Compañía de Cuera de Loreto, don Fernando de Rivera y Moncada, fue designado para conducir una de ellas. Gálvez ordenó a Rivera que recorriera toda la península antes de partir para que recogiera las contribuciones que en grano, ganado y otros efectos otorgaron cada una de las misiones; a cambio de lo recibido debería dejar un vale para que más tarde se les repusiera lo que les había sacado,³³ pero que nunca se les reintegró. Rivera no tuvo la menor consideración al exigir la ayuda de las misiones de Baja California, en la misión de Guadalupe, por ejemplo, tan sólo quedaron unas cuantas mulas viejas.³⁴ La expedición llevaba 340 cabezas de ganado aproximadamente, además de trigo, azúcar, carne y vino. Veinticinco soldados de cuera, cuarenta y dos indios cristianos, tres mulatos y los frailes Juan Crespí y Fermín Francisco de Lasuén constituían el contingente humano. Cabe destacar que las personas que participaron en esta expedición fueron reclutadas en las misiones de Baja California así como entre los presidiales de la Compañía de Californias con sede en Loreto. También en este caso, la expoliación fue excesiva, la misión del Rosario, por mencionar alguna, quedó sin escolta y sin sirvientes.³⁵ El 24 de marzo de 1769 abandonaron la Baja California.³⁶

La cuarta y última expedición salió hacia la Alta California el 21 de mayo de 1769. La dirigía el gobernador de California don Gaspar de Portalá que fue nombrado comandante general de las expediciones. Fray Junípero Serra viajó con esta partida. Formaban el grupo diez soldados de cuera, entre los que estaba el sargento José

³¹ Palou, *Relación*, 1970, pp. 40-50; Richman, *California*, 1965, p. 70.

³² Palou, *Relación*, 1970, p. 51; Richman, *California*, 1965, p. 74.

³³ Palou, *Relación*, 1970, p. 52.

³⁴ Serra, *Writings*, 1955, p. 48.

³⁵ Serra, *Writings*, 1955, p. 52.

³⁶ Palou, *Relación*, 1970, p. 52; Brandes, *The Costansó*, 1970, pp. 12-13; Richman, *California*, 1965, p. 75.

Francisco Ortega, cuarenta y cuatro indios, cuatro mulatos y dos sirvientes, llevaban además 170 mulas. En esta caso las misiones de Baja California también aportaron abastecimientos y hombres.³⁷ Fray Junípero menciona en su diario que la mayoría de los indios que iban en la caravana huyeron cuando se hallaron en despoblado.³⁸

La expedición de Portalá llegó a San Diego el 1 de julio en donde ya estaban las otras tres partidas. El gobernador se encontró con la novedad de que gran parte de los expedicionarios se hallaban enfermos de escorbuto e incluso algunos habían muerto. Esta situación, sin embargo, no impidió que el 9 de julio el San Antonio zarpara hacia San Blas por provisiones y para informar la situación de la empresa y que el 14 saliera una partida a buscar el puerto de Monterrey. Por mar, el San Carlos recorrería la costa hasta encontrar el puerto y por tierra Portalá partió acompañado por Rivera, Fages, Ortega, Costansó y los frailes Crespí y Francisco Gómez que, junto con indios y sirvientes, formaban un grupo de sesenta y siete personas.³⁹

Fray Junípero acompañado por fray Juan Vizcaíno y fray Fernando Parrón, mientras tanto, se dieron a la tarea de fundar la primera misión de Alta California: San Diego de Alcalá el 16 de julio de 1769. Los naturales, en un principio aterrorizados ante la llegada de los extraños, poco a poco fueron acercándose. Tanto los misioneros como los presidiales siguieron la táctica de ofrecerles abalorios, a partir del intercambio de regalos, nativos y españoles iniciaron su convivencia. Los aborígenes se negaban a comer los alimentos que los misioneros les ofrecían y tenían, en cambio, una preferencia muy marcada por la ropa, al grado de que los misioneros tenían que esconderla para que no se las robaran.⁴⁰ La idílica convivencia descrita por los frailes fue perturbada cuando el 15 de agosto siguiente, los nativos irrumpieron en la misión y atacaron a los colonizadores. Los aborígenes se retiraron cuando varios de ellos fueron heridos con armas de fuego. Después de este asalto los frailes continuaron con su labor evangelizadora.⁴¹

³⁷ Richman, *California*, 1965, p. 75; Brandes, *The Costansó*, 1970, p. 14, de acuerdo con Costansó esta expedición partió de Velicatá el 15 de mayo; Serra, *Writings*, 1955, pp. 54, 66.

³⁸ Serra, *Writings*, 1955, pp. 96, 102.

³⁹ Richaman, *California*, 1965, pp. 80-85; Chapman, *History*, 1956, pp. 221-230.

⁴⁰ Palou, *Relación*, 1970, p. 64; Brandes, *The Costansó*, 1970, pp. 19-20.

⁴¹ Carta de Junípero Serra al padre Juan Andrés. San Diego de Alcalá, 10 febrero 1770 en Serra, *Writings*, 1955, p. 150.

Sebastián Vizcaíno se había entusiasmado tanto en 1598 con el descubrimiento de Monterrey, que lo describió como un sitio magnífico con las características más idóneas que puerto alguno podía tener. Así fue como nuestros expedicionarios, que esperaban encontrar un puerto extraordinario, lo pasaron de largo y no consiguieron encontrarlo. Siguieron subiendo hacia el norte hasta que el 31 de octubre de 1769, la expedición terrestre, tal vez José Francisco Ortega, descubrió la Bahía de San Francisco y los dirigentes tuvieron que reconocer que no habían encontrado Monterrey. El 11 de noviembre, Portolá ordenó el regreso hacia San Diego.⁴²

En enero de 1770, todos se reunieron de nuevo en San Diego. Ante la falta de provisiones, el capitán Rivera fue enviado a la Baja California en busca de subsistencias. A principios de marzo la situación era crítica por lo que Portolá ya se disponía a abandonar la empresa a pesar de la oposición de Serra. Por fin, el 19 de marzo llegó el San Antonio y resolvió la situación.⁴³ Es de llamar la atención que la empresa estuvo a punto de perderse por falta de provisiones a pesar de que en Alta California abundaban las plantas comestibles y había un gran número de presas disponibles tales como conejos, venados, gran variedad de aves y una gran cantidad de peces,⁴⁴ alimentos que satisfacían con creces a una numerosa población indígena.

Después del arribo del San Antonio, se organizó una segunda expedición para buscar el puerto de Monterrey. En esta ocasión la expedición marítima conducía a fray Junípero en el San Antonio y por tierra fray Juan Crespi acompañaba al grupo expedicionario. También integraban la partida Pedro Fages y los Voluntarios de Cataluña. La expedición salió de San Diego el 7 de abril de 1770. El éxito de la expedición fue rotundo esta vez y el 3 de junio de 1770 fundaron el presidio de Monterrey y la misión de San Carlos Borromeo. Cumplida esta primera parte del proyecto, Portolá se embarcó para regresar a San Blas. El mando del nuevo presidio recayó sobre Pedro Fages.⁴⁵

Cuando en agosto de ese año se supo en la capital novohispana el resultado satisfactorio de las expediciones colonizadoras, el visitador general y el virrey decidie-

⁴² Brandes, *The Costansó*, 1970, pp. 43-46.

⁴³ Palou, *Relación*, 1970, p. 67 ss. en las fechas que proporciona Costansó hay cuatro días de diferencia, *vid.* Brandes, *The Costansó*, 1970, texto completo.

⁴⁴ Brandes, *The Costansó*, 1970, pp. 22-23.

⁴⁵ Brandes, *The Costansó*, 1970, pp. 50-55; Chapman, *History*, 1956, p. 231; Carta de Junípero Serra al padre Juan Andrés. San Carlos de Monterrey, 12 junio 1770 en Serra, *Writings*, 1955, p. 166-174.

ron fundar diez nuevas misiones que formaran una línea costera de ocupación. Para fines de 1770 urgían a fray Junípero a realizar las nuevas fundaciones pero la escasez de provisiones impedían que fuera posible establecer dichas nuevas misiones.⁴⁶

Estos primeros pasos en la colonización de Alta California significaron un esfuerzo extraordinario para los soldados de tropa participantes. Las raciones que recibían eran poco abundantes y ellos debían pagar sus propias armas pero lo que denunciaban con mayor énfasis eran las arbitrariedades y los abusos de poder que Fernando de Rivera y Moncada cometía en su contra. A esto se sumaba que muchos de ellos habían dejado a sus familias en la Baja California y solicitaban insistentemente que se les llevara a la Alta lo antes posible.⁴⁷ Por supuesto hay que considerar la zozobra que implicaba convivir entre aborígenes que en cualquier momento podían actuar de manera hostil. Pedro Fages decía que no estaba seguro de la lealtad de los soldados pues de continuo temía que huyeran con el ganado.⁴⁸ No obstante, estos primeros colonizadores que llegaron de Baja California, se sobrepusieron a fatigas y malos tratos, y con su actitud y obediencia aseguraron el éxito de la ocupación española de Alta California. Algunos de estos soldados se aparearon con nativas de San Diego y Monterrey y así poco después nacieron los primeros mestizos.⁴⁹ Asimismo la ruta de comunicación terrestre entre ambas Californias constituyó un pilar fundamental para la colonización de la Alta pues en estos primeros años gran parte de provisiones y bienes siguieron llegando desde Baja California.⁵⁰ Estos presidiales dirigidos por los frailes fueron los primeros en labrar las tierras de las misiones recién fundadas para iniciar así las labores agrícolas en la región.

⁴⁶ Carta a Junípero Serra. México, noviembre 1770 en Archivo General de la Nación, México (A.G.N.M.), *Californias*, v.66, f.24-25; Carta de Rivera y Moncada a Matías de Armona. San Diego, 31 agosto 1770 en A.G.N.M., *Californias*, v.76, f.268.

⁴⁷ Carta al comandante Rivera y Moncada. S.I., 1 septiembre 1770 en A.G.N.M., *Californias*, v.76, f.267; Al señor comandante de los soldados de Loreto. s.l., (1770) en A.G.N.M., *Californias*, v.76, f.291-293; Reporte de Mariano Carrillo. Monterrey, diciembre 1772 en A.G.N.M., *Californias*, v.76, fs.33-36; Carta del sargento Juan Ruiz a fray Junípero Serra. Monterrey, 20 diciembre 1772 en A.G.N.M., *Californias*, v.36, f.131-132; Carta de Miguel Filas a fray Junípero Serra. Monterrey, 14 diciembre 1772 en A.G.N.M., *Californias*, fs.133-135.

⁴⁸ Carta de F. De Barry a Bucareli. Loreto, 8 agosto 1772 en A.G.N.M., *Californias*, v.66, f.315

⁴⁹ Bancroft, *History*, 1884, v.I, p. 203.

⁵⁰ Instrucción de Bucareli a Rivera y Moncada (México), 1773 en A.G.N.M., *Californias*, v.66, f.84; Carta de Antonio López de Toledo al marqués de Croix. Loreto, 19 marzo 1770 en A.G.N.M., *Californias*, v.76, f.314-315.

Poco a poco estos asentamientos se consolidaron y fue posible fundar nuevas misiones y presidios. El éxito de estos primeros centros de colonización fue posible gracias a la cooperación entre misioneros y presidiales quienes formaron un frente común para congregar y someter a la vida de misión a los nativos. Al poco tiempo, se recogieron las primeras cosechas, y la cría de ganado sobre todo bovino y ovino, dio resultados sumamente positivos. Por tanto, como se puede apreciar en este breve estudio, las primeras expediciones para ocupar la Alta California fueron exitosas en cuanto a que sentaron las bases para la colonización ulterior de dicha provincia, sin embargo, el costo de ellas fue la exacción y el empobrecimiento de las misiones de la Baja California, situación de la que éstas no pudieron recuperarse jamás.

Bibliografía

Archivo General de la Nación, México, Ramo: *Californias*.

Abbad y Lasiera, Íñigo.

1981

Descripción de las costas de California. Ed. y estudio Sylvia L. Hilton. Madrid Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", 232 p., mapas (Colecc. Tierra nueva e cielo nuevo, III).

Bancroft, H.H.

1884

History of California in The Works, v. XVIII, San Francisco, A.L. Bancroft and Company, Publishers, 744 p. map charts.

Bean, W.

1967

California, an Interpretative history, 2nd. Ed., USA, McGraw-Hill Book Company, 622 p., map, photos.

Bolton, H.E.

1976

"La misión como institución de la frontera en el septentrión de Nueva España" en D.J.Weber, *El México perdido. Ensayos escogidos sobre el antiguo norte de México*

- (1540-1821), Trad. A. E. Lara, H. Aguilar, I. Gil, México, Secretaría de Educación Pública, 168p. map (Sepsetentas 265).
- Brandes, Raymond.
1970
The Costansó Narrative of the Portolá Expedition, First Chronicle of the Spanish Conquest of Alta California, California, Hogart Press, 111 p. (Hogart Press Series of Early California, 1).
- Chapman, Ch. E.
1956
History of California. The Spanish Period. 7a ed, Nueva York, The Viking Press, 528p., map.
- Cook, S. y W Borah.
1980
Ensayos sobre historia de la población 3. México y California. Trad. Clementina Zamora, 1ª. Ed. En español, México, Siglo XXI, editores S.A., 248 p. Casos estadísticos, (Col. América Nuestra, América Colonizada # 29).
- Florescano, E.
1970
“Colonización, ocupación del suelo y frontera en el norte de Nueva España, 1521-1750”, en Jara, A., (ed.), *Tierras nuevas. Expansión territorial y ocupación del suelo en América (siglos XVI-XIX)*. 1ª. Reimp., México, El Colegio de México, 138 p., cuads., map, (Centro de Estudios Históricos. Nueva Serie 7).
- Guest, Francis.
“Mission Colonization and Political Control in Spanish California” in *Journal of San Diego History*. 24:1, p. 97-116.
- Konetzke, R.
1979
América Latina. II La época colonial. Trad. Pedro Scaron. 9ª. Ed. En español. México, Siglo XXI editores, S.A., 398 p. Map (Historia Universal Siglo XXI vol. 22).

- Mathes, W. Michael.
1973 *Sebastián Vizcaíno y la expansión española en el océano Pacífico: 1580-1630*. Trad. Ignacio del Río. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. 149 p., lams. (Serie de Historia Novohispana, 23).
- Moorhead, M.L.
1975 *The presidio. Bastion of the Spanish Borderlands*, Oklahoma, University of Oklahoma Press; Norman, 288p. plans, map.
- Navarro García, L.
1964 *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del norte de Nueva España*, CXLVIII, 2a. serie, prol. J.A. Calderón Quijano, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano Americanos de Sevilla, 602p. lams.
- Ortega Soto, Martha.
1992 "Crisis en Nutka: al ocaso de las Bulas Alejandrinas" en *Presencia novohispana en el Pacífico insular. Actas de las segundas jornadas internacionales celebradas en la ciudad de México, del 17 al 21 de septiembre de 1990*. Mexico, INBA, CONACULTA, UIA, Comisión Puebla Quinto Centenario, Condumex, Embajada de España en México.
- Osante, Patricia.
1997 *Orígenes del Nuevo Santander (1748-1772)*. México, universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma de Tamaulipas, 302 p., cuads. Y mapas (Serie historia novohispana, 59).
- 1857 Palou, F. *Noticias de la Nueva California*, 2 tomos en Documentos para la historia de México, 4a.

-
-
- serie tomos VI y VII, México, Imprenta de Vicente García Torres.
- 1970 *Relación histórica de la vida y apostólicas tareas del venerable padre fray Junípero Serra y de las misiones que fundó en la California septentrional, y nuevos establecimientos de Monterrey*, introd. Miguel León Portilla. México, Edit. Porrúa S.A. 244 p., ils., maps. (Colección "Sepan cuántos...", 143).
- Richman, I.B.
1965 *California under Spain and Mexico*. New York, Cooper Square Publishers, Inc., 542 pp., map, plans, charts.
- Serra, Junípero.
1955 *Writings of Junípero Serra*. Washington, Academy of American Franciscan History, 424p.
- Teja Zabre, Alfonso.
1962 *Lecciones de California*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Historia, 164 p.
- Velázquez, M.C.
1974 *Establecimiento y pérdida del septentrión de Nueva España*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 260 p. mapa. (Nueva serie 17).
- Vila Vilar, Enriqueta.
1966 *Los rusos en América*. Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 104 p., maps., lams.